

Reseñas

W. ARMSTRONG, y T.G. MCGEE, *Theatres of Accumulation. Studies in Asian and Latin American Urbanization*, Londres, Methuen & Co., 1985.

En 1967 T.C. McGee publicó un libro en el que describía clara y contundentemente la forma de las ciudades asiáticas y las implicaciones sociales del proceso de estructuración de su espacio urbano. Dieciocho años después, en *Theatres of Accumulation*, presenta junto con W. Armstrong una interpretación actualizada del proceso de urbanización en Asia y América Latina. Se trata de un intento de comparar, generalizar e identificar aquellos factores causales o subyacentes en ambos procesos que seguramente será bienvenido. Dicho lo anterior, quiero advertir al lector que en esta reseña me ocuparé de los aspectos que teórica o empíricamente privilegian el caso latinoamericano pero que creo son válidos para los dos casos.

El enfoque de los autores y, por tanto, su interpretación, que en términos generales puede sintetizarse como una posición que atribuye al modo de producción imperante todos los cambios y resultados negativos del proceso de modernización y urbanización de la sociedad, es vigente como paradigma, y aceptado por lo menos desde hace unos diez o quince años. A él han contribuido en forma por demás importante un gran número de científicos sociales latinoamericanos y algunos geógrafos, sociólogos y economistas del llamado primer mundo. Cabe señalar que se trata de una interpretación general del proceso de desarrollo y subdesarrollo que han sufrido los países que entraron *muy tardíamente* (para no confundirlos con Alemania y Japón) a la industrialización y acumulación de tipo capitalista que tiene su origen en la revolución industrial (véase, por ejemplo, los trabajos historiográficos de Eric Hobsbawm y una importante complicación de R. Hilton de la aportación multitudinaria a una polémica entre M. Dobb

y P. Sweezy acerca de la transición del feudalismo al capitalismo).

En el caso particular del proceso de urbanización, los primeros trabajos de M. Castells (1972) y de D. Harvey (1973), ambos primermundistas, lograron difundir y hacer aceptables algunas ideas implícitas en aquella discusión sobre el subdesarrollo, la industrialización y la urbanización periférica y dependiente, que economistas y politólogos latinoamericanos de la CEPAL iniciaron a finales de los años cincuenta, pero cuyas raíces son anteriores, según nos dice Hirschman. El caso es que, desde hace dos décadas, están claramente delineados dos paradigmas que en términos generales pretenden dar cuenta de estos procesos de desarrollo. Recientemente P. Streeten (1983), retomando a Hirschman, confrontaba en forma nítida un sinnúmero de fórmulas dicotómicas que han viciado, por cierto, el estudio y análisis del proceso de desarrollo y de los importantes cambios experimentados tanto en los países subdesarrollados cuanto en los industrializados, independientemente de sus sistemas políticos.

Uno de los problemas (además del ideológico) que esta polarización ha producido en las discusiones es la de ignorar intentos interpretativos que se distinguen por su base empírica, alejados del dogmatismo que caracteriza todo enfrentamiento paradigmático. En este sentido, se aprecia una obsesiva insistencia en modelos inconvencionales, como por ejemplo el de centro-periferia, que en *tours de force* se ha querido adaptar para explicar todo (véase, por ejemplo, O. Sunkel, 1970). Se olvida o subestima la necesidad de "medir" los fenómenos, aun cuando no siempre o no todos puedan cuantificarse, y además parece no interesar la comprobación empírica de algunas proposiciones. En fin, la base o referencia empírica de los fenómenos parece haber perdido su razón de ser; ahora se trata de convencer que lo "bueno", lo "correcto" y lo "moral" es lo que se piensa. En ello se ha ido —como dicen los ingleses— el niño con el agua de la bañera. Un ejemplo patente es creer que para todos los países latinoamericanos el proceso de urbanización es igual, es decir, concentrador en la ciudad primaria (generalmente la capital del país), y que esta concentración es mala y seguirá *ad infinitum*. Lo anterior es claro en el capítulo "Accumulation and Latin American Cities". Se aprecia en éste la dificultad que tiene Armstrong para mantener una tipología original cuya base es el nivel de urbanización que supuestamente han alcanzado los diferentes países de la región (pp. 72-79). Otro aspecto que llama la atención es la implícita visión evolucionista que destaca injustificadamente la inmutabilidad de los fenómenos. Ejemplo de ello es la forma en que se trata la migración: "La migración rural-urbana —nos dicen los autores— es el rasgo demográfico más dinámico de las décadas recientes"; y la concentración: "es también probable que la concentración demográfica continúe. De 1975 al año 2000, las ciudades o los subsistemas

centrales mayores de cinco millones se incrementarán en 3.5 veces. . . este crecimiento requerirá edificar un nuevo Buenos Aires cada año”

O para el caso, y siguiendo con otra afirmación falaz, una ciudad de México, a la que, como se señalaba en un artículo citado por los autores, “más de mil personas llegan a ella diariamente”. Reconocen, sin embargo, que “la urbanización continúa fuera de los centros principales. . . y una parte significativa de la expansión urbana tiene lugar en los centros regionales, aunque —y aquí creo tocan un punto importante— más investigación sería necesaria si quisiéramos conocer más acerca del papel que juegan las ciudades de diferente tamaño del continente” (pp. 69-72).

No cabe duda de la importancia de las ciudades pequeñas e intermedias. De unos años a la fecha su estudio se ha puesto de moda; se incluyen en las políticas de descentralización y desarrollo urbano nacionales pero además son un hecho. En algunos países su número se ha incrementado y parecen crecer en forma tan o más importante que las ciudades primarias (véase B. Graizbord [1984] para una reseña de la literatura). Estas ciudades se perdieron durante 20 años, por así decirlo, en el “cajón de sastre del resto del país” o, lo que es lo mismo, en la periferia. Pero no sólo a la periferia se le atribuyó una artificial homogeneidad; también se le dio al centro. Así, hacer referencia a un nuevo ámbito geográfico del crecimiento de la metrópoli (*central subsystem*) en los años ochenta, sin tomar en cuenta la diferenciación espacial que E. Hoover y R. Vernon sugerían en 1959 respecto del funcionamiento y expansión metropolitanas, parece un descubrimiento tardío. Y se debe, precisamente, a la defensa a capa y espada del modelo centro-periferia en el que las partes (el centro y la periferia) se consideran homogéneas e indiferenciadas, en donde nada cambia y lo que sucede en una de ellas es causado invariablemente por la otra.

En el análisis interurbano, y en este sentido el enfoque que adoptan constituye un importante avance, cuando los autores se refieren a los *circuitos de acumulación*, que es quizá la categoría analítica más prometedora del libro, se tiene la impresión de que con un nombre distinto se trata de la teoría dualista del desarrollo. Ejemplo de ello es la cita que se hace de Milton Santos (p. 80): “La ciudad latinoamericana no puede seguir estudiándose como si fuera una entidad homogénea sino que debe pensarse como formada por dos subsistemas, a saber: el ‘superior’ o circuito moderno, y el ‘circuito inferior’.” Habría que reconocer, en todo caso, que los autores proponen un modelo analítico atractivo —que a mi juicio parece más claro en el caso asiático. Al referirse a los procesos de producción y de consumo, McGee y Armstrong apuntan a una importante paradoja que permite, según ellos, corregir los modelos propuestos por Santos y Hymer sobre el proceso de acumulación. Por un lado, dicen, se aprecia una virtual convergencia en las formas de consumo, al extenderse el acceso a

aquellos productos, que en algún momento estaban reservados para los grupos de altos ingresos, hacia otras clases sociales y otras regiones. Esto es resultado de una comercialización y propaganda agresivas que han modificado los hábitos y estilos de vida de las poblaciones. Todo ello les hace suponer, junto con B. Roberts (p. 82), que “una convergencia urbana está teniendo lugar en el continente”. Sin embargo, esto es sólo una parte. Así, insisten en las características ambiguas del proceso: “En el tiempo. . . los patrones de urbanización han variado entre las diferentes sociedades y, citando otra vez a Roberts, sería erróneo asumir: 1) que las regiones provinciales se encuentran estancadas económicamente, y 2) no constituyen elementos importantes en la toma de decisiones en el plano nacional” (p. 83).

Por otro lado, y al mismo tiempo, según observan los autores, “hay evidencia suficiente de una tendencia opuesta: divergente”. En otras palabras, mientras que en las principales áreas urbanas se experimenta un proceso de convergencia en los patrones de consumo, en el plano *interurbano* puede apreciarse una tendencia divergente en el proceso de producción, la cual hace que las ciudades se especialicen sin alcanzar la independencia en la satisfacción de las necesidades básicas de sus poblaciones, ya que solamente en la metrópoli es donde continúa concentrándose la actividad industrial capitalista. Esto da lugar a que las localidades secundarias y terciarias de la jerarquía urbana se conviertan en meros centros de distribución de la producción industrial respecto de los pequeños poblados y mercados rurales de sus periferias, en una especie de monopolio y control geográfico de sus *hinterlands* que recuerda, en otra escala, la idea del colonialismo interno que subyace a lo largo del libro.

Desafortunadamente, el tono crítico y acusatorio de algunos de los argumentos —casi todos tautológicos— oculta vías analíticas muy promisorias. Elimina, asimismo, aunque sólo momentáneamente, la necesidad del análisis empírico que permitirá comprobar o, en su caso rechazar, algunos de los supuestos y generalizaciones a las que se llega. Por ejemplo: ¿es malo o cierto la gran ciudad, siendo “la sede principal de las grandes corporaciones y el espacio de concentración para una cada vez más numerosa fuerza de trabajo y población marginal”, se haya convertido en “el campo de confrontación entre el capital, el Estado y una inquieta aunque aún desorganizada mayoría urbana”? ¿Se está verdaderamente gestando un orden jerárquico de ciudades y subsistemas centrales en escala continental, y realmente la ciudad de México, São Paulo y Buenos Aires se han convertido o convertirán en centros de decisión para América Latina? ¿Puede aceptarse que sólo los pequeños países sufrirán en el proceso de acumulación de capital en escala continental?

Éstas son algunas afirmaciones que deberían —si se hacen— quedar más bien como preguntas. No parecen haberse asimilado en ellas, o en

los escenarios que se proponen para el futuro de América Latina (p. 87), las dudas que aparecieron y las ambigüedades que se apreciaban en las tendencias recientes de los procesos de industrialización, modernización y urbanización de los diferentes países de la región.

Se trata, sin duda, de una interpretación interesante pero creo que no sería ocioso recordar que hay otras posibilidades. En una compilación de A. Portes y H.L. Browning (1976) se publicó un artículo de Michael Conroy en el que este autor se refería a varias conceptualizaciones posibles del proceso de urbanización relacionado con las políticas que han afectado a los sistemas urbanos en América Latina: aquella que ve el proceso de urbanización y los sistemas urbanos como productos objetables, derivados exógenamente del desarrollo capitalista dependiente, y que propone como preferible una orientación endógena y autónoma en el patrón de desarrollo; la relacionada con la noción de una explotación sistemática en el sistema urbano que incluye tanto la idea de centro-periferia como de colonialismo interno y la más burda del tamaño como indicador de "poder"; otra, que se refiere a la teoría clásica de la localización y destaca la distribución urbana macrocefálica alejada de la de rango-tamaño para las poblaciones del sistema; otra más, que asume una relación directa entre industrialización y urbanización, señalando su carácter aparentemente patológico en el caso de países no industrializados (recuérdese la idea de la sobreurbanización). Y, por fin, aquella que se deriva de la idea de la difusión (espacial) del crecimiento por medio de los "polos de desarrollo". Todas ellas, si se toman independientemente, como bien señala Conroy, no serían capaces de proporcionar una base adecuada para evaluar la organización espacial de las naciones latinoamericanas, ni tampoco los patrones hacia los cuales éstos se encaminan o los que serían deseables. En este sentido, tampoco está de más recordar que B. Hoselitz en 1955 cuestionaba el papel único de las ciudades, y que K. Davis (1955) y A. Smiles (1953), recordando al historiador Cordon Chile, sostenían que la ciudad constituye un eficiente modo de asentamiento humano que reduce la fricción de la distancia, se convierte en una "gran fábrica", logra la integración y urbanización del *hinterland*, es un medio propicio para la acumulación de capital y de recursos humanos* y permite la gestación de fuerzas innovadoras, lo que difícilmente se lograría en el campo, donde los recursos y la población se caracterizan por su dispersión.

Finalmente, en otro artículo incluido en la obra citada de A. Portes y H.L. Browning, J. Walton especifica las dimensiones económicas, políticas y sociales que permitirían hacer operativas para la investigación las ideas que acompañan el enfoque del colonialismo interno,

* Cursivas del autor

fuente conceptual por cierto de W. Armstrong y T.G. McGee. Entre ellas, desde luego, los flujos de bienes, capital y fuerza de trabajo que, cabe destacar, son precisamente los elementos centrales en el modelo analítico que presentan los autores de *Theatres of Accumulation*.

Sin duda constituye una prometedora vía analítica. Es, sin embargo, la referencia empírica la única forma de corroborar en toda su magnitud el proceso de acumulación capitalista en el escenario citadino de cada uno de los países o regiones que se quieren analizar. Armstrong y McGee han iniciado ya esta tarea; en los capítulos 6 al 9 se refieren a fenómenos urbanos específicos en algunos países asiáticos y latinoamericanos. Ello, sin duda, no sólo es necesario sino que resulta además francamente positivo.

BORIS GRAIZBORD

Referencias bibliográficas

- Castells, M., *La question urbaine*, Paris, Maspero, 1972.
 Davis, K., "The Role of Cities", *Economic Development and Cultural Change*, núm. 3, 1955.
 Graizbord, B., "Perspectivas de una descentralización del crecimiento urbano en el sistema de ciudades de México", *Revista Interamericana de Planificación*, xviii, 1984.
 Harvey, D., *Social Justice and the City*, Arnold, 1973.
 Hoover, E. y R. Vernon, *Anatomy of a Metropolis*, Harvard University Press, 1959.
 Hoselitz, B., "Generative and Parasitic Cities", *Economic Development and Cultural Change*, núm. 3, 1955.
 McGee, T.C., *The Southeast Asian City*, Bell, 1967.
 Portes, A. y H.L. Browning (eds.), *Current Perspectives in Latin American Urban Research*, University of Texas Press, 1976.
 Smiles, A., *The Geography of Towns*, Hutchinson, 1953.
 Streeten, P., "Development Dichotomies", *World Development*, núm. 11, 1983.
 Sunkel, O., "Desarrollo, subdesarrollo, dependencia, marginación y desigualdades espaciales: hacia un enfoque totalizante", *EURE*, vol. 1, 1970.

WAYNE A. CORNELIUS, *Los inmigrantes pobres en la ciudad de México y la política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Wayne A. Cornelius, politólogo estadounidense y destacado especialista del estudio de los fenómenos de migración interna en México y de los mexicanos indocumentados en Estados Unidos, desarrolla su estudio partiendo de una pregunta central: el fenómeno de la inmigración campo-ciudad y de la creciente urbanización en América Latina